

## LOS CONCILIOS CONSTRUYEN EUROPA

Ya es célebre la frase de **Goethe**: “*Europa nació y se desarrolló en el Camino de Santiago*”. Ahora es **Chesterton** el que afirma que Europa se forjó en los Concilios. Efectivamente, en 1932, el autor del Padre Brown escribió un artículo, rescatado ahora por el diario *Avvenire*, que tituló *Cabellos cortados en cuatro*. Con sus palabras viene a decir que Europa es fruto de los Concilios de la Iglesia. Afirma que estas asambleas de obispos fueron más eficaces para los europeos que los grandes Tratados internacionales. El semanario católico Alfa y Omega, en su número 790 del 28 de junio de 2012, nos ha proporcionado el texto que ahora podemos leer y comentar.

*“Las discusiones teológicas son sutiles, pero no débiles. Dentro de toda la confusión de la falta de pensamiento que quiera parecer como pensamiento moderno, nada hay tan estupendamente estúpido como el dicho común: La religión no puede depender jamás de minuciosas disputas doctrinales. Sería lo mismo que afirmar que la vida humana no puede depender jamás de minuciosas disputas sobre Medicina. El hombre que se complace diciendo: «No queremos teólogos que corten cabellos en cuatro», podría ser de la opinión de añadir: «Y no queremos cirujanos que dividan filamentos en otros todavía más delgados». Es un hecho que muchos individuos hoy habrían muerto si sus médicos no se hubieran detenido en los mínimos matices de la propia ciencia; y, de igual manera, es un hecho que la civilización europea hoy habría muerto si sus doctores en Teología no hubieran argumentado sobre las más sutiles distinciones doctrinales. Nadie escribirá jamás una historia de Europa mínimamente lógica hasta que no reconozca el valor de los Concilios, de la Iglesia, de todas las vastas y competentes colaboraciones cuya finalidad fue investigar miles y miles de pensamientos diversos para acabar encontrando el pensamiento único de la Iglesia. Los grandes Concilios religiosos son de una importancia práctica superior con mucho a la de los Tratados internacionales, eje sobre el que se tiene la costumbre de hacer girar los acontecimientos y las tendencias de los pueblos.*”

*Nuestros asuntos de ahora mismo están efectivamente mucho más influenciados por Nicea y Éfeso, por Trento y Basilea, que por Utrecht, Amiens o Versalles. En casi todos los casos, vemos que la paz política tuvo como base un compromiso, mientras que la paz religiosa, en cambio, se fundaba en una distinción. Ciertamente, no fue un compromiso decir que Jesucristo era verdadero Dios y verdadero hombre, como fue un compromiso la decisión de que Dánzig sería en parte polaca y en parte alemana: era más bien la declaración de un principio cuya perfecta plenitud lo distinguía tanto de la teoría arriana como de la monofisita. Y este principio ha influido, y sigue influyendo, sobre la mentalidad de los europeos, desde los almirantes a los tenderos que, aunque sea vagamente, piensan en Cristo como en alguien a la vez divino y humano. Mientras, preguntar a la frutera cuáles han sido para ella las consecuencias prácticas del Tratado de Utrecht sería todo menos fructífero. Toda nuestra civilización proviene de aquellas viejas decisiones morales que muchos creen insignificantes. El día en que fueron resueltas ciertas discusiones metafísicas sobre el destino o sobre la libertad, fue decidido también si Austria*

*debía parecerse o no a Arabia, o si viajar a España tendría que ser lo mismo que viajar a Marruecos*

En una página de Internet **Alberto J. Leonart Amsélem** comenta este artículo y añade su punto de vista:

*“Impresionante el artículo de G.K. Chesterton, recuperado del olvido por el diario Avvenire y difundido por Alfa y Omega en su número 790, Europa se forjó en los Concilios. El artículo muestra y demuestra que las pequeñas cosas - a veces, evidentemente, no tan pequeñas- son fundamentales en la historia del pensamiento y de las instituciones. Chesterton pone el acento en el valor de los Concilios de la Iglesia en la historia de Europa, llegando a sostener que los grandes Concilios religiosos son de una importancia práctica superior a los Tratados internacionales. (Pues es cierto, añadimos, que muchos son y fueron papel mojado). La afirmación de Chesterton me ha hecho pensar y traer a la memoria que en la España visigoda tuvieron los Concilios de Toledo, capital del Estado hispanogodo. Pues fue en ellos donde se forjó la religión que hoy conservamos y guardamos los españoles. La conversión al catolicismo de Recaredo I (586-601) en el III Concilio nacional de la ciudad del Tajo, y de toda su Corte, es un evento de los más relevantes de nuestra historia. La escena, difundida por los pinceles de Antonio Muñoz Degrain (1887), presidida por san Leandro, hermano de san Isidoro de Sevilla, ha captado todos los pormenores del solemnísimo momento: la real mano posada sobre los Evangelios, la vista en blanco mirando al cielo, la riquísima larga túnica bordada en oro, prendida con una fíbula discoidal, la corona de piedras preciosas (los godos atribuyeron a sus coronas una simbología casi religiosa), etc. La fecha, el año 587, refrendada en el III Concilio, año 589. A este propósito, añadiríamos que otro referente básico es la Europa de las peregrinaciones, que iban a Santiago y a otros santuarios europeos. Piénsese en los Concilios de Nicea, Éfeso, modernamente, en Trento, y actualmente, en el Vaticano II. Fruto, pues, de estas asambleas extraordinarias nace y se desarrolla la idea de Europa y de ese gran complejo cultural, espiritual y jurídico que es Occidente”.*

Pongamos un ejemplo de lo que estamos diciendo.

Abramos la puerta del último de nuestros Concilios, el Vaticano II, y entremos en su vida y en su palabra. He elegido la Constitución sobre la Iglesia y el mundo, titulada **Gaudium et spes**, nº 10. Este texto basta para demostrar cómo el Concilio está empeñado en la construcción de la sociedad europea, más aún, en la sociedad del mundo. El método más eficaz es defendiendo y fortaleciendo a cada persona humana. Efectivamente no es posible la madurez de ninguna sociedad si la persona se siente abandonada o, peor aún, maltratada. La Iglesia trata de dar respuesta a los grandes interrogantes del hombre.

*“En realidad de verdad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas sollicitaciones, tiene que elegir y que renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no*

*quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división, que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad. Son muchísimos los que, tarados en su vida por el materialismo práctico, no quieren saber nada de la clara percepción de este dramático estado, o bien, oprimidos por la miseria, no tienen tiempo para ponerse a considerarlo. Otros esperan del solo esfuerzo humano la verdadera y plena liberación de la humanidad y abrigan el convencimiento de que el futuro del hombre sobre la tierra saciará plenamente todos sus deseos. Y no faltan, por otra parte, quienes, desesperando de poder dar a la vida un sentido exacto, alaban la insolencia de quienes piensan que la existencia carece de toda significación propia y se esfuerzan por darle un sentido puramente subjetivo. Sin embargo, ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?.*

*Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre. Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época.*

A 50 años de distancia del concilio Vaticano II, **Benedicto XVI** hace balance indicando su vigencia, su eficacia y su valor. En su carta de apertura del Año de la Fe, “*Porta fidei*”, el Papa alemán escribió estas frases:

*“Las enseñanzas del Concilio Vaticano II, según las palabras del beato Juan Pablo II, «no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. [...] Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza». Yo también deseo reafirmar con fuerza lo que dije a propósito del Concilio pocos meses después de mi elección como Sucesor de Pedro: «Si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia».*

Florentino Gutiérrez. Sacerdote  
[www.semillacristiana.com](http://www.semillacristiana.com)

Salamanca, 29 de agosto de 2013